

Los frutos del agradecimiento: cuarto título.

IV. En cuarto y último lugar somos obligados por el amor que nos tenemos á nosotros mismos, porque el único medio de perseverar en su gracia y obtener la continuacion y aumento de sus beneficios es mostrar que los que hemos recibido, han echado hondas raices en nuestro corazon. S. Gerónimo afirma haber observado entre las tradiciones hebráicas que la enfermedad de que creyó morir el rey Ezequías, fué un justo castigo de su ingratitud; porque despues de una victoria semejante á la que ganó á los asirios, en que el cielo abrazó visiblemente su partido, no trató de cantar las alabanzas de Dios, como hicieron Moisés despues que Faraon con su ejército quedó anegado en el mar Rojo, Débora despues de la rota de Sisara, y Ana, mujer de Elcana, despues que consiguió por sus oraciones al niño Samuel. El Sabio dice que la esperanza del ingrato se deshará como la helada del invierno y se perderá como agua inútil (1). S. Bernardo nos advierte que la ingratitud es el enemigo mortal del alma y de su aprovechamiento; que aniquila los méritos, arruina las virtudes y disminuye los beneficios; que es el viento que seca la fuente de bondad, resuelve el rocío de la misericordia y detiene la corriente de las gracias del cielo (2). Al contrario el agradecimiento, dice el Crisóstomo, es un tesoro de inestimable precio y un bien inagotable (3). Por esta causa san Basilio Magno considera muy sabiamente estas palabras del salmo CXV: ¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Dice que nuestro reconoci-

(1) Sabid., XVI.

(2) Sermo 52 in Cantico.

(3) Homil. 4 ad. pop. antioch.

miento obliga á Dios á hacernos nuevos beneficios y que aunque no reciba de nosotros mas que aquello que le es debido por el interés de sus beneficios, es tan bueno para nosotros, que lo sienta en la cuenta del capital, para que ningun impulso bueno de nuestro corazon deje de lucrar con él (1). Esto tambien debe de entenderse de la reina del cielo en la misma proporecion que participa ella de la bondad y mansedumbre de Dios. De aquí se sigue que debemos de poner tanto conato en multiplicar el talento de las gracias del cielo en esa banca santa, cuanto es lo que nos amamos á nosotros mismos y queremos nuestro provecho. La madre de Dios que tiene las llaves del tesoro de su hijo, nos convida á ello; nuestro propio interés nos insta; Dios consiente; y si hay algun escrúpulo, es de desperdiciar tan buena ocasion. ¿Qué cosa puede detener nuestro afecto y embotar nuestros deseos?

V. Supuesto pues que por todas estas consideraciones estamos obligados al reconocimiento para con la madre de Dios, me parece que puedo ya pasar libremente á indagar los medios de poner en práctica esa virtud nobilísima.

CAPITULO II.

DE LA ALTA ESTIMACION QUE DEBEMOS HACER DE LA REINA DEL CIELO; PRIMER RECONOCIMIENTO DEBIDO A SUS GRANDEZAS.

Comienza el reconocimiento debido á la reina del cielo por la alta estimacion que estamos obligados á hacer de ella, como por la regla y medida de los demas.

(1) Hom. 5 in martyr. Julittam.

Con efecto así como el conocimiento es lo que da impulso á los movimientos de nuestra alma, de la misma manera de la estimacion que hacemos de una cosa, depende el afecto que le tenemos. No cuesta trabajo amar y honrar lo que apreciamos mucho; al contrario solemos necesitar mas bien de freno que de espuela; pero excede en cierto modo á las fuerzas del hombre el inclinarse con ansia á aquello de que hace poco caso. Por este motivo nuestro Dios, deseoso de atraer nuestro corazon y afecto hácia él por los vínculos del amor y de la esperanza, difundió ante todo en nuestros entendimientos un rayo de su divina luz que llamamos fé, cuya propiedad es descubrirnos las grandezas de sus infinitas perfecciones y sugerirnos pensamientos sublimes de su divina majestad, por cuyo medio atrae nuestros corazones y maneja nuestras voluntades como le parece bien. Por ese mismo motivo, aunque todo lo dicho hasta aquí de las grandezas de la madre de Dios se ha encaminado principalmente á formar en nuestros entendimientos un alto concepto de sus calidades peregrinas, me creo obligado á presentarlas de nuevo como en un cuadro abreviado y por una simple ojeada para ayudar á nuestra comprension en la práctica del reconocimiento, que es á donde se endereza este tratado.

§. I.—Alta estimacion que los santos y Dios mismo hacen de la Virgen santísima.

I. ¿Qué dicen los hombres de mí? preguntó un dia nuestro señor Jesucristo á sus discípulos (1). Los unos, le respondieron, creen que eres Juan Bautista; los otros te tienen por Elias, ó por Jeremias, ó por algun

(1) Mat., XVI. 13.

otro profeta. Pero vosotros, repuso el Señor, ¿quién decís que soy? Entonces Pedro, tomando la palabra por todos, pronunció en forma de oráculo esta sentencia digna de estamparse con letras de oro: Maestro, tú eres Cristo, hijo de Dios vivo. Ved, dice Victor de Antioquia, la diferencia del juicio que hacen del hijo del hombre el comun del pueblo y los discípulos. Todos verdaderamente le tienen en gran estimacion; sin embargo era muy razonable que los que le habian tratado mas tiempo y conocido mejor que los otros, tuviesen mas alto concepto de él. Por esta causa el Salvador según la observacion de S. Gerónimo los separa del comun del pueblo en su modo de preguntar, como si fueran mas que hombres en este juicio, en el que no siguieron la apariencia exterior de los hombres, sino la revelacion del Padre eterno. A mi parecer hallariamos una cosa semejante, si pudiéramos hacer que la mayor parte de los cristianos explicasen el concepto en que tienen á la Virgen santísima. La experiencia haria ver que aunque todos tengan gran opinion de esta señora, solamente forman un concepto digno de su grandeza aquellos que por serle mas afectos son mas particularmente iluminados de arriba (1).

(1) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Pero porque es imposible agradar á Dios sin la fé, y porque el Señor exigió el tributo de la de los apóstoles para guiarlos por sus caminos, es necesario valerse de la misma antorcha para llegar á la Virgen santísima: cualquiera otra luz no puede agradarle. Ella es la madre de la verdad, opuesta á todo lo que le es contrario; de suerte que el primer medio de honrarla es tener una creencia ortodoxa de todos los misterios de nuestra religion, en que ella tiene tanta parte, no solo de lo que el Evangelio nos propone, sino de lo que nos han transmitido la respetable tradicion y los santos padres. La fé pues es la que nos descubre las excelencias y perfecciones de la madre de Dios, y produce en nuestras almas una altísima estimacion de su persona y de todos los dones que ha recibido de Dios: ella nos hace ver la santidad supereminente de su alma, la plenitud de su gracia, la infusion del Espíritu Santo y todos los otros privilegios.»

II. Algunos que estan acostumbrados á medir la grandeza por las dignidades y por el esplendor exterior, se la representan como una reina llena de gloria y majestad, sentada en un trono eminente al lado de su amado hijo y rodeada de millares de cortesanos que la reconocen por princesa soberana del cielo y de la tierra y le tributan sus respetos y homenajes. Este noble pensamiento basta para que se muestren respetuosos cuando hablan con ella ó vacan á algun acto de su servicio.

III. Otros que no hacen caso mas que de la santidad, toman la regla de oro del santuario formando su idea de todas las perfecciones interiores mas acendradas del alma, y conciben una plenitud de gracias y bendiciones del cielo que exceden á quanto se encuentra reunido en las simples criaturas. Este concepto á mas del sentimiento de respeto y honor que produce en sus almas, atrae insensiblemente á ellas por amor é imitacion las virtudes que tienen en principal estima y observan en la reina del cielo como en su idea perfectísima.

IV. En algunos hace mas fuerte mella el lustre de tantos y tan preciosos privilegios de excelencia, que hemos acotado en el tratado primero. La contemplan como á la primogénita de las simples criaturas en el orden de la predestinacion eterna, como á una verdadera criatura de gracia, formada en un diseño aparte con su hijo, exenta de toda corrupcion de Adam, pero dada é incluida por favor en la descendencia de este para santificarla, como la esperanza de los patriarcas, el objeto de los profetas, la idea de las antiguas figuras y el tesoro de las gracias celestiales. Admiran sin fin su virginidad fecunda, su maternidad virginal y otras muchas singularidades de naturaleza, gracia y gloria, de las cuales componen como de otras tantas piedras preciosas la piedra de las maravillas, el milagro de los milagros y el prodigio de los prodigios del mundo.

V. Otros fundan la alta estimacion que tienen de ella en la grandeza de su poder. Considéranla como á la reina y señora del universo, cuyo imperio se extiende á todo el orden de naturaleza y gracia, como á la omnipotente despues de su hijo y la hacedora de las grandes maravillas, como á la gobernadora de la iglesia y capitana de los ejércitos de Dios, como á la fortaleza de los principes, la proteccion de los pueblos, la victoria de los cristianos, la confusion y terror de Satanás. No cesan de alabar el poder que tiene para detener la muerte, forzar el infierno, ahuyentar las enfermedades, cambiar los accidentes funestos, aplacar la justicia divina y proporcionar eficazmente la salvacion de todos aquellos á quienes protege.

VI. Los que han experimentado mas particularmente sus misericordias y han gustado sus dulcedumbres, tienen mas altos pensamientos de su bondad que los otros, y desearian supiesen todos que ella es verdaderamente la madre del amor hermoso y de las misericordias eternas: que tiene entrañas de caridad para todos en todas épocas y en todas las necesidades: que no hay pecador, por grande que sea, que no encuentre seguro refugio en ella, ni tan desesperado, que no halle consuelo: que nunca despide á nadie mal despachado: que no cesa de hacer bien; pero sobre todo tiene un cuidado imponderable de los suyos hasta en las cosas mas pequeñas: que los saca del pecado y la miseria á pesar del infierno: que los forma, instruye y perfecciona de un modo admirable: que los protege, consuela y tranquiliza á la hora de la muerte; y por último los lleva en sus manos al paraíso. Dios mio, ¡qué dichosas son esas almas que se entretienen en tan dulces pensamientos asi para su consuelo como para la debida estimacion y respeto de las grandezas de la Virgen santísima! Porque parece que como entre los atributos de Dios la bondad

es la que mejor nos expresa la perfeccion de su naturaleza, asi la Virgen y los santos quieren sobre todo que estimemos en ellos la bondad y la caridad que les comunicó Dios.

VII. Y aunque todas estas perfecciones son relevantes y debidas á la inestimable grandeza de la reina de los ángeles, según piensan los santos doctores, cuyos textos y autoridad hemos alegado en los tres primeros tratados; no obstante el lector habrá ya reparado que queda otra mucho mas alta, sobre la cual fundan principal y como esencialmente la estimacion que hacen de esa gran señora. Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo, dijo el principe de los apóstoles á Jesucristo; y con esto creyó haberlo dicho todo. Pues del mismo modo si queremos comprender en pocas palabras todo lo grande y sublime que puede concebirse de la Virgen, digámosle: Tú eres María, madre de Dios vivo; porque esta dignidad de madre es la justa medida y la forma de todas sus grandezas. Despues de haberla comprendido es imposible subir mas arriba, porque llegaremos al tronó de la divinidad. Como dice el mártir Metodio, la veremos caminar en cierto modo con Dios bajo de un pabellon imperial por el privilegio de la relacion materna que tiene con él. En nuestros dias se ha descubierto el modo de reunir en un cristalito cilindrico las partes de una imágen dispersas en diversos lugares sobre un mismo lienzo y dirigirlas cada una en su lugar de perspectiva para representar la figura completa. Pues valgámonos con semejante industria de las palabras *María madre de Dios* y reunamos todas las otras ideas y todo lo que está expresado en diversos lugares de los tratados precedentes. Si la contemplamos en su majestad y gloria, concibamos la majestad y gloria de la madre de Dios. Si nos la figuramos como santa, admirable, poderosa y buena, tengámos á la vista la santidad, el poder, la

bondad, las maravillas y los privilegios de la madre de Dios. De esta suerte todo cuanto encontremos en ella, nos causará éxtasis de admiracion y raptos de amor. Pero contentémonos con lo dicho en otros dos lugares (1) y adoremos en silencio lo que vale mas respetar con santa simplicidad que escudriñar con una curiosidad atrevida.

VIII. Cuando uno entra en un salon muy espacioso de esos que suele haber en los palacios, le sucede que despues de haber visto todo lo que le parecia habia que ver, estando ya á la puerta para salir descubre nuevos objetos y tiene que volver pies atras para registrar lo todo mas despacio y contemplar todas las preciosidades contenidas en él. En la misma situacion me encuentro yo, porque cuando creía haber dicho á lo menos en general todo lo que me parecia adecuado para hacer concebir una alta estimacion de la Virgen santísima, se me ocurre una idea que me empeña de nuevo en el mismo discurso, y ahora y no antes creo haber encontrado la verdadera regla de las grandezas de la madre de Dios. He empezado pues á discurrir de esta suerte: supuesto que cada uno es en realidad lo que es delante de Dios y nada mas, y la sabiduria eterna no puede engañarse en la estimacion que hace del valor de las cosas, ¿á dónde podríamos ir á buscar un concepto mas cabal y adecuado á las grandezas de la madre de Dios que al entendimiento divino, donde estan las verdaderas imágenes y las ideas sustanciales de las obras producidas por él? Los filósofos y teólogos enseñan con santo Tomás (2) que la verdad de cada cosa no puede declararse mejor que por una relacion de conformidad con el

(1) Trat. 1, c. 2, y trat. 2, c. 3.

(2) Opusc. 41. cap. 2 in fine.

primer entendimiento, que es el de Dios. Y para valerme de una comparacion aun mas comprensible, los pintores tienen que las imágenes aparecen mejor en el espejo que en su propio cuerpo; por lo cual se valen de él cuando quieren sacar alguna figura. Ahora bien es cierto que el entendimiento de Dios es el espejo esencial de todas las obras que ha criado; espejo en que aparece mucho mas perfectamente su perfeccion que en ellas mismas; de suerte que allí y no en otra parte es donde los espíritus bienaventurados las miran cuando quieren formar verdadero juicio de ellas. De ahí proviene que muchas veces hacen ellos poquísimo caso de lo que nosotros admiramos locamente, y al contrario aprecian en gran manera aquello de que hacemos muy poco caso. Bien sé que no nos es dado penetrar en el secreto de esa luz inaccesible por una vision clara; pero podríamos por ciertas aberturas descubrir algun rayo pequeño de ella. Con efecto si conocemos la estimacion que Dios hace de las personas por el oficio á que las destina; ¿no nos veremos precisados á confesar que habiendo juzgado digna á la virgen Maria de ser madre de su hijo unigénito (dignidad la mas eminente que puede comunicarse á una simple criatura) la estimó de consiguiente mas que á ninguna de estas? ¿Y qué diré del honor que quiso se tributase á aquella señora? ¿Quién no ve por aquí qué aprecio debemos hacer de este excelente vaso reservado para un uso tan precioso, hermozeado y enriquecido sin cesar desde entonces hasta que le vió completo y digno de recibir al Verbo eterno? ¿Quién no conoce que nuestros pensamientos son muy bajos y nuestra comprension muy ruda para formar de ella una idea que corresponda con corta diferencia á su original? Así hagamos en este punto lo que tenemos que hacer en otros muchos misterios de nuestra fè: creamos lo que no podemos comprender, y por la estimacion que hacemos de

Dios, apreciemos lo que él aprecia; aunque no conocamos bien su valor.

§. II.—Efectos y práctica de este reconocimiento.

Primer efecto.

I. Venid ahora y condenad desde luego vuestra infidelidad los que no habeis tenido hasta ahora mas que un concepto comun de la grandeza de esa reina incomparable. Considerad qué agravio haceis á sus méritos, cómo habeis contrariado el juicio de los santos y aun del mismo Dios, y de consiguiente qué poco le habeis agrado honrando tan poco á la que él honra tanto. ¿Habeis sido por ventura de aquellos que al ver los elogios y maravillas que los doctores católicos publican de nuestra señora, dicen ocultamente en su corazon que esas son expresiones exageradas de la oratoria ó efecto de la devocion de los hombres sencillos de otros tiempos? ¿Direis acaso que verdaderamente la Virgen es grande en dignidad, santidad y valimiento con el Todopoderoso y que en verdad es madre de Dios; pero que hay que guardar mas moderacion en sus alabanzas, porque al cabo no es sino una criatura, y que el atribuirle toda suerte de excelencias es traspasar los límites de la razon y olvidarse de la gloria y honor que debemos á Dios solo? Si esto es así, tened por cierto que vuestra desgracia proviene únicamente de no haber estudiado bien el fondo de las grandezas de Maria. Así corregid de aqui adelante la idea que habeis formado, restableciéndola en el punto de la verdad; y entonces asi como en la filosofia natural despues de encontrada la definicion exacta de una cosa se juzga sin errar de las propiedades y calidades que le convienen, del mismo modo habiendo concebido en vuestro entendimiento

la verdadera estimacion que debeis de hacer de la dignidad de madre de Dios, vereis y confesareis francamente que á la manera que seria una blasfemia dar á la criatura lo que pertenece á Dios solo, asi es un sacrilegio negar á esta señora incomparable una perfeccion de las que están debajo de Dios. Estoy seguro de que despues de pedirle humildemente perdon de lo pasado os unireis de boca y corazon á todos los santos para decir en proporcion lo que decia el Eclesiástico de las grandezas del mismo Dios: «Glorificad á la madre de Dios cuanto mas pudiéreis, que aun sobrepujará y es admirable su magnificencia. Bendecid á esta señora y ensalzadla cuanto podais, porque es mayor que toda alabanza. Recoged todas vuestras fuerzas para ensalzarla y no os canseis, porque no llegareis allá (1).»

Segundo efecto.

II. En segundo lugar esta misma estimacion condenará la irreverencia, hija de una hermana de la infidelidad, es decir, de la mala costumbre ó de una comprension débil y muerta de lo que creemos. De ahí proviene que cuando hablamos ó pedimos á la Virgen, lo hacemos con poco respeto, el cual es tanto menor, cuanto mas frecuentamos el trato con la señora. Se dice que para conocer á un hombre espiritual unido con Dios no se necesita saber sino cómo se conduce en sus devociones menores y con qué esmero cumple ciertos deberes que ocurren muchas veces al dia, aunque de paso y en horas diferentes; porque si los hace atenta y devotamente es señal indudable de que vive en la presencia y en el amor actual de Dios. Pues lo mismo digo

(1) Eccli., LXIII.

que se conocerá la estimacion que cada uno hace de la Virgen y el amor que le profesa, por el respeto con que cumpla sus deberes y practique sus devociones ordinarias. S. Epifanio escribe de sí que un dia subió al paraiso por la escala de la fé y de la Escritura y quedó extático considerando los honores que los cortesanos del cielo tributaban á nuestra gloriosa reina. Me atrevo á esperar que si nosotros hubiéramos hecho lo mismo, conversariamos en adelante de diferente modo con ella y procurariamos imitar por una decencia exterior é interior el respeto á que nos convidan los espiritus bienaventurados.

Tercer efecto.

III. Finalmente este reconocimiento producirá en nosotros una gran estimacion de todo lo que toca á su servicio, y hará nos tengamos por honrados con ser de sus últimos siervos; que nos gloriemos mas del título mas humilde de su casa que de las mayores dignidades de las cortes, tan ambicionadas por los magnates de la tierra; que estimemos mas ser sus esclavos que señores poderosos entre los hombres; que nos honremos mas con servir en su capilla ó altar que con tener entrada en el retrete del monarca más grande del mundo. Esto lo comprenderemos mejor sin comparacion en el dia clarísimo de la eternidad, que alumbrará nuestras tinieblas; pero la práctica nos descubrirá maravillosos arcanos, que nunca penetrariamos con sola la especulacion. Lo demás se quedará para el capítulo VIII, donde me propongo tratar mas largamente del reconocimiento de honor.